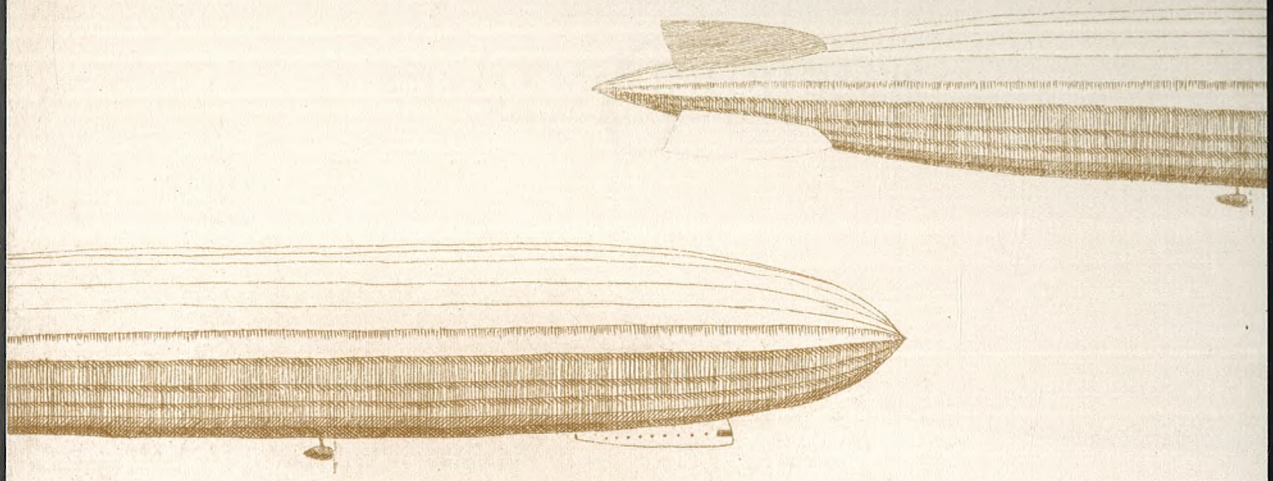
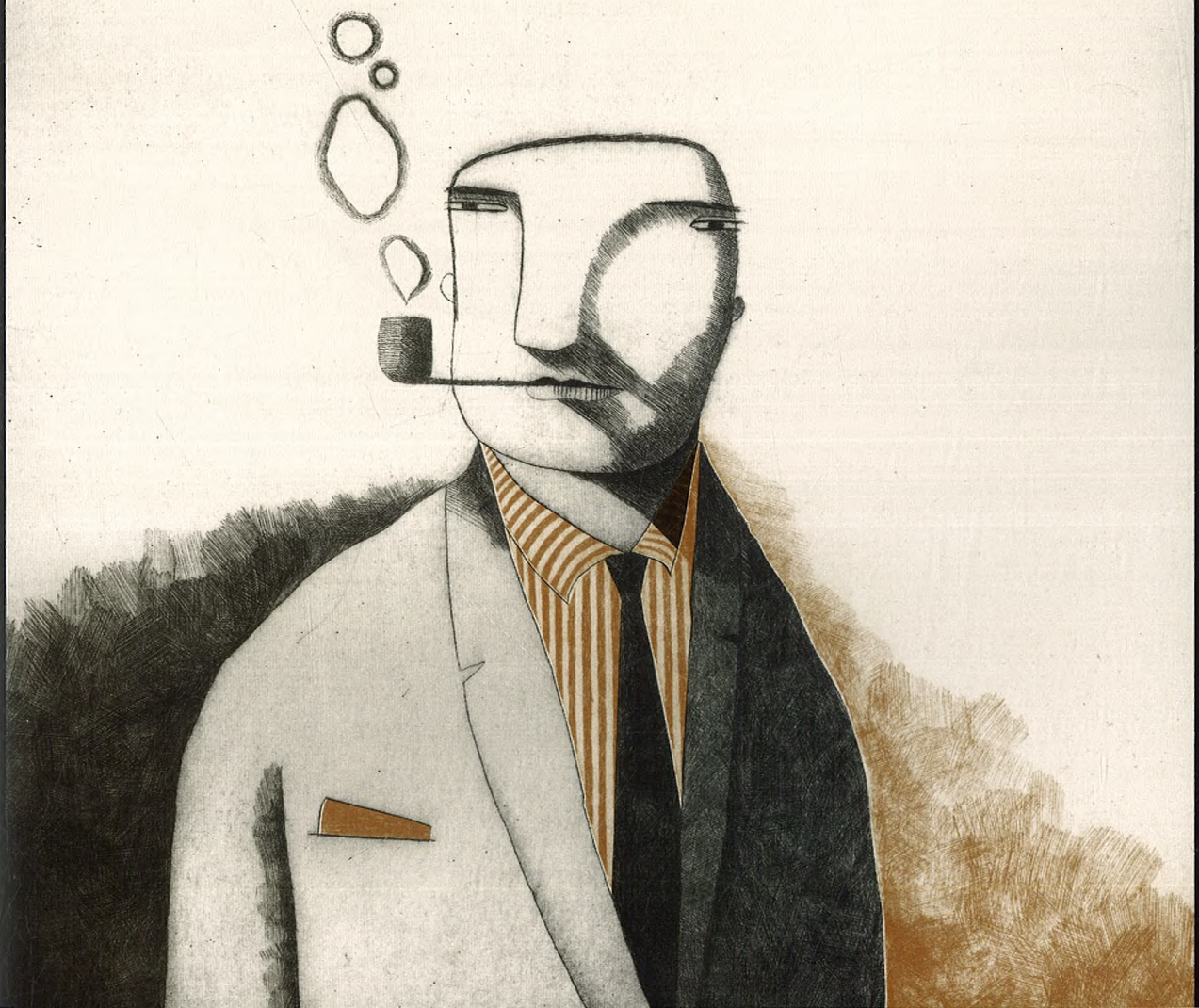


SEIS POEMAS INÉDITOS DE Rafael Adolfo Téllez

6



SEIS POEMAS INÉDITOS DE Rafael Adolfo Téllez

I

EL ÚLTIMO RETRATO DE JOSEPH UBER

Solía beber en esta calle
por la que pasa aún un carro
sonámbulo.
En la taberna, sobre la mesa,
dejó versos, soledades…
¡Ah! Cómo palpa sus ropas, su chaleco
abotonado
que luciera mejor en otros días,
cuando la vida, con su alegría ruidosa,
se alzó sobre estas piedras.
Su ataúd es de madera pobre.
Lo llevan unos campesinos,
cerca de una charca donde cantan los grillos.

Si te apresuras, acaso lo encuentres
junto a la ventana,
mirando pasar un viejo río.

Aunque soñó el oro de otros mundos
su patria fue esta calle.

Uber lleva sobre su cabeza un sombrero
extraño.
En las manos tiene ramas de olivo.

II

EN EL CUADERNO QUE MI HERMANA
AL MORIR DEJÓ INACABADO

Quizás soy ese que se aleja ahora
calle arriba,
y es otro el que despierta
en la almohada
en que, siendo niño, oyera la lluvia
cayendo sobre el patio.

Otro quien, con la ayuda de un candil,
garabatea en el cuaderno
que mi hermana al morir dejó inacabado.

Quien oye, no lejos,
un tintineo de tazones, de cucharas…
Mi madre, en la cocina, con sus pasos
menudos,
con su gran delantal donde lloramos todos.

No voy a irme porque
ahí fuera,
de una parte a otra de la calle,
merodean gruesas nubes.
Traen sacos de negro carbón para este otoño.

En torno al naranjo que mi padre plantó
en el patio, hacia 1960,
hay, más que otras veces,
un griterío de pájaros
que son el paso hacia la luz o hacia la nada.

III

PAPIRO AMOROSO

En esta calle, a la que llegan,
desde el campo,
temprano en la mañana,
unos carros derramando el heno
por el suelo.

Unos carros altos, toscos…

Yo te amé en esta calle,
tal vez en otro siglo, bajo una luz
muy tenue.

Cerca, una tiendecita
con sombreros
y vasijas de barro. Allí miré,
por un momento,
tu rostro reflejado en la vidriera.

Y la lluvia danzando,
alegre,
sobre las piedras de la vieja calzada.

No sé desde qué árboles caían
como recios papiros
hasta el suelo
unas cuantas hojas secas,
lentas, tercas.

IV

LOS GATOS

La noche los trae, de lejos, al ruinoso
caserón,
y miran, recostados en el suelo, la llama
que tirita en el candil.

Nosotros comemos nuestros platos,
sentados a la mesa
en la que padre, con su traje rugoso,
alza pensativo la cuchara.

No son de esta tierra
aunque suban ahora del arroyo
y en sus lomos traigan sones silvestres,
matorrales…

Los gatos portan en su piel el oro
de otros mundos.

Bajo las vigas recias del techo
duermen,
en un recodo en sombra.
Tal vez, oyen aún las viejas lluvias.

Los viejos gatos regresan, pordioseros
como nosotros,
donde antes, sin tardanza,
les servíamos, en cuencos de barro,
un poco de leche.

Pero, no sienten piedad alguna.

Sus maullidos resuenan aún acá
o en otra parte.

V

LOS VIEJOS

Se agrupan junto a una tapia
cerca de la escuelita rural
a la que hace mucho los trajo la vida
una mañana.

Son los viejos.
Sus ropas tienen aún
un olor a charca, a campo, a cielo antiguo
por el que van o vienen
-según el día-
lentos carromatos, algún perro…

De cuando en cuando,
pronuncian nombres de lugares
vecinos:
-Silillos, Herrería, Fuencubierta…-
como si formasen estos el nombre
de una constelación lejana.

Pero hay ya un gran sol caído a sus pies
y apenas hablan,
y callan a mi paso.

Aunque yo sea un hombre de su mismo pueblo.

VI

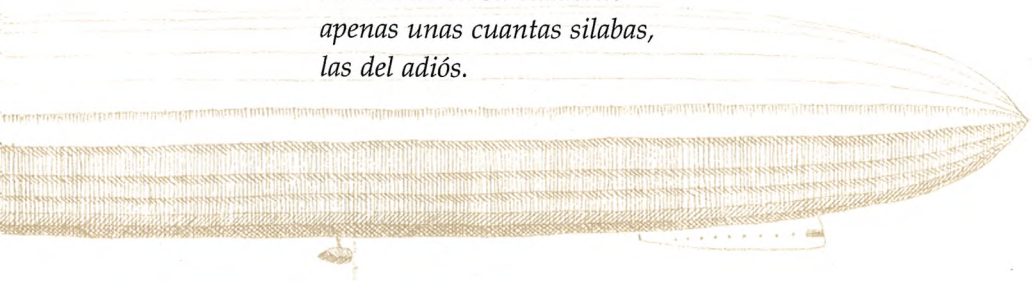
LO MIRO DEAMBULAR POR CALLEJAS OSCURAS...

...magnolia que mojó la luna
- Homero Manzi-

Lo miro deambular por callejas oscuras
y detenerse ante el mostrador
de una taberna a beber.

¿Por qué no ha de beber
si amó mucho,
y, ahora, busca, entre estas piedras,
la certeza de estar vivo?

Un hombre que en sus alforjas lleva sólo
haber amado tu piel,
magnolia que mojó la luna,
en este arrabal o en otro.

Tal vez en una ciudad distinta a esta
en la que hay un río y tranvías sonámbulos
que cruzan la noche
camino a no sé qué parte.
Es lento, mesurado, taciturno.

Y ya no sueña.
Ha escrito en su cuaderno
apenas unas cuantas silabas,
las del adiós.